

CRÓNICA

Apañada de Cofete (Fuerteventura) 10 de julio de 2010.

Amanecida con sabor a encuentro de pastores en Fuerteventura. En diferentes puntos de la isla comienzan a sonar los bucios y los despertadores. Los regatones de las latas, lanzas y garrotes se clavan en la tierra majorera y comienza el ritual. La familia de saltadores que ha podido acudir este año a la llamada de los pastores de esta isla se prepara antes de que asome el sol de este día de julio, para la tradicional apañada de cabras de este año en la crestería y barrancos de Jandía.

Pantalones de batalla, botas y camisetas cortas para un día que se barrunta muy caluroso. Un poco de agua fresca sobre la cabeza para apenas espabilar y comenzamos a cargar los furgones y las rancheras con los aterecos del salto.

Los venidos desde otras islas; Alfonso padre y Alfonso hijo, Petróleo (Antonio) y Ruth , de El Hierro, Germán de Lanzarote, otro puñado más numeroso de las jurrias Aridamán , Sabor Canarii, Jaira y Emilio, el de Guguy de Gran Canaria, hemos pasado la calurosa noche en el terrero de lucha de La Lajita, en la costa de Tuineje. Son las siete menos veinte de la mañana y empezamos a salir en los coches hacia los lugares convenidos el día anterior. Algunos, los menos, al bar El Pastor, en Morro Jable, donde nos espera un grupo de unos 25 majoreros.

Como anécdota contaré que aquí algunos pudimos ver por vez primera unas latas o garrotes, que parece ser que son bastante comunes en Fuerteventura, de última generación. No están fabricados con maderas de pino, ni de riga, ni de haya ni de ninguna otra clase. Están hechos con tubos de plástico o fibra de vidrio, que obtienen de los que se usan en las velas de las tablas de windsurf. Vivir para ver.

Otros, los más numerosos, se reunieron en la gasolinera del barranco de Los Canarios, donde se juntaron entre los propios y los de las otras islas, un puñado de casi sesenta “pastores”.

Tras el café y los saludos a los viejos y los nuevos conocidos, comenzó el reparto en varios grupos por los barrancos de Los Canarios, Mal nombre y Butihondo. El objetivo era que junto a los primeros que desde Morro Jable harían la ascensión en coche hasta casi el Pico de La Zarza, formaran una hilera que, cubriendo casi toda la crestería de Jandía, barrieran al ganado desde las montañas, riscos y andenes hasta hacerlas confluir a la zona de los Pedregales, en la bahía de Cofete, donde se encuentra la gambuesa y en donde se había preparado, como durante muchos años ya, el sombrero y todo lo necesario para celebrar de nuevo de la apañada, donde las papas arrugadas, la carne de cabra compuesta y el pan no debían faltar.

A los que como a mi nos tocó vivir esta tarea desde la trastienda pudimos escuchar en las conversaciones de los pastores más veteranos las dudas sobre si este era el día más indicado para hacer la apañada. A pesar de que en la zona de costa el tiempo estaba seco y cálido, en toda la crestería se apreciaba un potente mar de nubes y se podía adivinar que en las montañas el tiempo estaba desapacible, ventoso y húmedo.

A media mañana desde la gambuesa de Los Pedregales en la bahía de

Cofete, mientras se pelaban las papas, se preparaban las perolas y se montaba el bar, se miraba y se conversaba con preocupación sobre lo que estaría sucediendo allá arriba y sobre lo sombrío que estaban las montañas



con aquella bruma que se resistía a disiparse y no dejaba ver nada de media ladera para arriba.

Así iban llegando uno detrás de otro los todoterrenos, sorteando con pericia los muchos kilómetros de arena de la playa de Cofete, con algunas de las familias, representantes políticos, invitados y los enseres necesarios para la celebración. Pertrechados desde los muros de la gambuesa con anteojos, algunos pastores acechaban los lomos y los andenes a la espera de que desde aquellas nubes espesas empezaran a salir los animales y detrás de ellos los pastores y saltadores.

No se hicieron esperar mucho. Cuando el día llegaba a su medio, más o menos, y como suele ocurrir, comenzaron a verse, saliendo desde la bruma, los primeros puñados de cabras y detrás los primeros humanos que se podían distinguir por los colores de su ropa. *“Mira, allí parece que hay dos ¿los ves?, si hombre, si, fíjate, uno con camisa blanca y otro con blusa roja...”* Poco a poco empezaban a dejarse ver los primeros grupos de cabreros de forma desordenada. La bendita bruma había dificultado mucho la organización y cada uno iba haciendo la guerra por su cuenta por falta de visibilidad y poca comunicación. Las cabras eran empujadas desde las laderas y andenes laterales hacia el barranco central,

que sería finalmente por donde los animales serían conducidos hasta la gambuesa.



Los primeros en aparecer fueron los que venían cerrando el cerco desde los extremos. Por el oeste los que venían del pico de La Zarza y barranco de Butihondo, y por el este los que venían barriendo desde el barranco de Los

Canarios. Como si fuera un equipo bien entrenado, ambos grupos se mantuvieron quietos y guardando la posición durante un buen rato a la espera de que aparecieran cabras y pastores de la zona central, los que empujaban desde los barrancos de Mal Nombre y Esquinzo. Ya se intuía que este año la apañada iba a estar floja en cuanto a la cantidad de animales, la bruma hizo que muchos pudieran zafarse del cerco en las montañas sin ser vistas.

Cuando ya todos estuvieron a la vista, el grupo al completo incluyendo a los perros, que para estas cosas merecen más el rango de pastores que muchos de nosotros, sumándonos los que pudimos desde Cofete, formamos una “V” que se iba cerrando poco a poco en sus extremos, de manera que el ganado, salvo algunos que intentaban *la juyona* por los pocos espacios que quedaban, fueron conducidos sin remedio entre un escándalo de silbidos, gritos, *polvajera* y aspavientos, mansamente por el lecho del barranquillo hasta la gambuesa.

Una vez encerrados los animales entre los muros y las puertas de cartón piedra, lo que vino después es lo que acostumbra a suceder en estas apañadas desde tiempos ancestrales, desde que el mundo es mundo, y la cabra, cabra.

Lo primero, refrescar el cuerpo por dentro con cervezas, refrescos con y sin alcohol añadido y agüita fresca, mucha agüita fresquita. Eso si, siempre y cuando no te hubieras olvidado de meter la cartera en la mochila. El agua, que dicen que no se le niega ni a tu peor enemigo, y menos cuando a este lo tienes de invitado y ayudante en tu casa, no se conseguía en el improvisado chiringuito que montaron en el lugar por menos de un euro la botella de medio litro. Pagando de ahí para arriba podías tomar todo el líquido que quisieras para aguantar el mucho calor del día y acompañar la rica comida, que es justo decir que estaba para chuparse hasta los huesos.

Las siguientes horas se dedicaron como siempre a “ahijar” madres con crías, determinar la propiedad de los nuevos



miembros del rebaño y marcarlos con los “golpes” propios de cada pastor. Todo eso dirigido por el comisionado Juan Pérez, que tuvo que dirimir alguna que otra duda sobre la propiedad de algunos animales.

También cada familia de pastores apartó de entre sus cabras algunas que fueron cargadas en las rancheras, y cuyo destino serían los tradicionales pucheros familiares que se celebran la semana próxima, el 16 de julio, con motivo de las fiestas marineras de la Virgen del Carmen en Morro Jable.

Ya por la tarde, cumplidas todas las premisas de la apañada de este año, se procedió a la suelta del ganado, para que volviera de nuevo a las montañas de esta hermosa crestería de Jandía.



Aunque el ganado reunido no sumaba ni la mitad que el de los mejores años de apañadas, eso no impidió que la jornada se desarrollara de principio a fin en un ambiente de alegría, trabajo y satisfacción, donde no faltaron los debates sobre nuestras tradiciones y la importancia de conservarlas y seguirlas fomentando y respetando. Ojalá que así sea.

Texto: Wilfredo Pérez Alemán (Saltador, Gran Canaria).

Fotos: María José Cáceres Rivero.

Fuerteventura 10 de julio de 2010